

APUNTES SOBRE EL CERCO DE ALGECIRAS: 1342-1344.

Ángel Sáez Rodríguez

La ciudad de Algeciras gozó de amplio renombre desde los albores de una Edad Media en la que se gestaba el nacimiento de la Nación Española. Su situación geográfica como puente entre dos continentes así lo determinó, especialmente cuando irrumpieron en el escenario occidental los seguidores de la nueva doctrina islámica. El inmediato devenir histórico, protagonizado por el poder musulmán, habría de reafirmar el valor estratégico del Estrecho. Estos acontecimientos resultan consecuentes con los precedentes sentados desde la Antigüedad por gentes de todo el Mediterráneo y, más recientemente, por los bizantinos. La posesión de esta ciudad y de las plazas de Tarifa y Ceuta, distantes todas entre sí una veintena de kilómetros, supone el control del paso entre el Mediterráneo y el Atlántico. Por tal motivo habrían de ser objeto de litigio durante largo tiempo.

Los hechos que se relatan en la Crónica de Alfonso XI

se desarrollan al año siguiente de la victoria castellano-portuguesa del Salado (1343). La batalla del Salado, en las inmediaciones de Tarifa libera a esta plaza del peligro al que la tenían sometidos marroquíes y granadinos y reporta al rey castellano ánimos para continuar la labor reconquistadora. Las otras dos ciudades fundamentales para el dominio del Estrecho se encontraban en manos islámicas, así como la plaza fuerte de Gibraltar. Alfonso el Onceno, dispuesto a erradicar el peligro de invasión magrebí de una vez para siempre, pondrá todo su empeño en conquistar la más importante de las posesiones el litigio: Al-yazirat al-Hadra, la Isla Verde de los islamitas.

Recibe la ciudad su nombre árabe de una pequeña isla situada a muy poca distancia de su costa, base de las primeras operaciones musulmanas en la Península allá por los comienzos del siglo octavo. Dicha isla resulta hoy ilocalizable para el observador curioso, ya que ha resul-

tado engullida por el crecimiento portuario de la ciudad moderna.

El caso de la Isla Verde resulta paradigmático de lo ocurrido con la inmensa mayoría de los restos arqueológicos de la ciudad. El progreso irracional y desmedido no tiene consideración para con los vestigios de tiempos pasados. Se diría que, por antiguos, se les considera despojados de todo valor y, por tanto, pueden ser destruidos. El estudio de documentos que hacen referencia a esa gloria pasada nos incitan a indagar en sus entrañas.

Muchas alusiones en diferentes fuentes al esplendor pretérito de una ciudad que prácticamente carece de huellas de tal historia no pueden menos que llamar la atención. He ahí el motivo que nos induce a tomar como tema de trabajo la constatación de algunos detalles recogidos en el relato del sitio de Algeciras en la crónica ya mencionada. Partimos de una posición ventajosa dado que, precisamente, el *"mérito de la Crónica de Alfonso XI estriba en la exposición autorizada de los hechos, revelándose en ella a cada paso que es el historiador abonado testigo y no desleal confidente, una y otra vez iniciado en los consejos y reservadas resoluciones del Monarca"* (1). Pretendemos, precisamente, constatar las referencias que en el texto se hacen a diversos aspectos que, en principio, podemos considerar accesorios y ocasionales. No obstante, téngase presente que son esos pequeños detalles los que nos pueden informar de lo riguroso del cronista, de si su presencia en los acontecimientos relatados fue real o ficticia. Nos hablan, en definitiva, de la credibilidad de la fuente que tenemos entre manos.

Algeciras se asienta en la orilla occidental de la bahía que lleva su nombre, formando parte de la actual comarca del Campo de Gibraltar, en la provincia de Cádiz. Las sierras que determinan su flanco oeste son las últimas estribaciones meridionales del sistema penibético, que llegan hasta el mar en algunos puntos. Ello determina que su costa sea sinuosa y escarpada, con pequeñas calas y buenos puertos naturales. El relieve de las inmediaciones de la población resulta muy variado: desde el interior hacia el mar se suceden la serranía y una zona de suaves

colinas que alternan con amplias llanuras. Al norte de la ciudad desembocan los ríos de Palmones y de Guadarranque, las principales corrientes fluviales al sur del Guadiaro. Los restantes elementos significativos geoclimáticos serán abordados posteriormente, a propósito de diversos pasajes de la Crónica.

El marco físico que resulta de las características anteriormente reseñadas puede ser contemplado en el mapa topográfico de la ilustración I. Sobre él se ha efectuado una reconstrucción ideal del escenario geográfico que debió enmarcar el desarrollo de los acontecimientos relatados en la crónica que nos ocupa. A orillas de la bahía se reconocen las plantas de las dos villas que constituían la ciudad musulmana de Al-yazirat al-Hadra, la nueva al norte y la vieja al sur (2). Ambos núcleos de población quedan separados por el río de La Miel. Este nombre le viene dado por la dulzura de sus aguas que, tras nacer en la cercana Sierra de la Luna, recorre encajonados valles hasta desaguar en la bahía.

La ciudad -o quizás sea más exacto nombrarla en plural-, se asoma a las aguas del Mediterráneo cuando éste ya empieza a convertirse en Atlántico. Frente a ella, cerrando la extensa bahía por el este, se levanta el Peñón de Gibraltar, una mole de roca caliza que singulariza el paisaje de estas latitudes. La plaza de Gibraltar desempeñaría papel importante durante el sitio de Algeciras, ya que constituía el asentamiento estable musulmán más cercano al lugar de los hechos.

Antes de abordar cualquier aspecto de todo lo relatado por el cronista atenderemos a la significación de la ciudad, que hubo de ser grande a juzgar por el enorme empeño mostrado por el rey castellano de cara a su conquista. Ya se ha comentado el valor estratégico de la plaza, fundamental en cuanto que las bases enemigas se encontraban concentradas al otro lado del Estrecho. Pero atendamos a alguna otra faceta de su singularidad. Ya en 1273 Algeciras es calificada como una gran ciudad (*"civitas magna"*) por el fraile Mauricio de Noruega, viajero con destino a Tierra Santa (3).

La conquista de la ciudad había sido declarada empresa de urgente realización por los reyes de Castilla

desde Fernando III el Santo en adelante. En 1277 sería Alfonso X quien intentase ocuparla sin éxito, llegando a cercarla por tierra y por mar (4). Fernando IV también afronta la difícil empresa en 1309, fracasando igualmente (5). A este rey se le desmandó el ejército, pero consiguió una especie de reconocimiento de soberanía de parte de la población de la ciudad (6).

Cuando Alfonso XI consigue vencer a las tropas musulmanas en el Salado, observa cómo *"la villa de Algeciras, que tenían los Moros, es tan cerca de Ceuta, que en un día los Moros podrían pasar de allén mar aquende, cada que querían"* y *"pensó que le convenía mucho hacer por tomar a los Moros aquella villa"* (7).

Al tomar el rey en persona el mando de las operaciones militares desplegadas en la cerca, se acerca a examinar su objetivo. *"Vio como era mucho bien asentada et en muy buen puerto de mar, et que avia muy buenas aguas dulces, et grandes labranzas de pan, et muchas viñas en huertas, et muchos regadíos, et moliendas asaz; et otrosí que tenia la sierra cerca, de que se podían aprovechar mucho los moradores de la villa, et que avia muchos montes"* (8). La ciudad no tenía un valor exclusivamente estratégico, sino que en sí misma constituía una presa codiciada. Sus defensas tampoco desmerecían la importancia del lugar. Cuando el sitio estaba ya cercano a su conclusión, un miembro del consejo real advirtió a su señor que *"tan grande era la fortaleza de la ciubdat, et tan altos eran los muros della, et bien torreada era, et tan fondas et tan fuertes eran las cavas, que seria en dubda si se podría tomar esta ciubdat por combatimiento"* (9). Con seguridad había de encontrarse bien protegida la plaza, ya que las fuerzas cristianas no se deciden en momento alguno a tomarla al asalto. Intervienen otros elementos en dicha falta de iniciativa, como es la presencia del ejército granadino a las puertas de Gibraltar. Sin embargo, poco antes de la rendición musulmana los castellanos sabían de la situación desesperada de los defensores, sin decidirse tampoco entonces a asaltarla.

Uno de los aspectos más curiosos que se descubren con el atento estudio de la Crónica es el del emplazamiento del campamento cristiano. Durante los 20 meses que

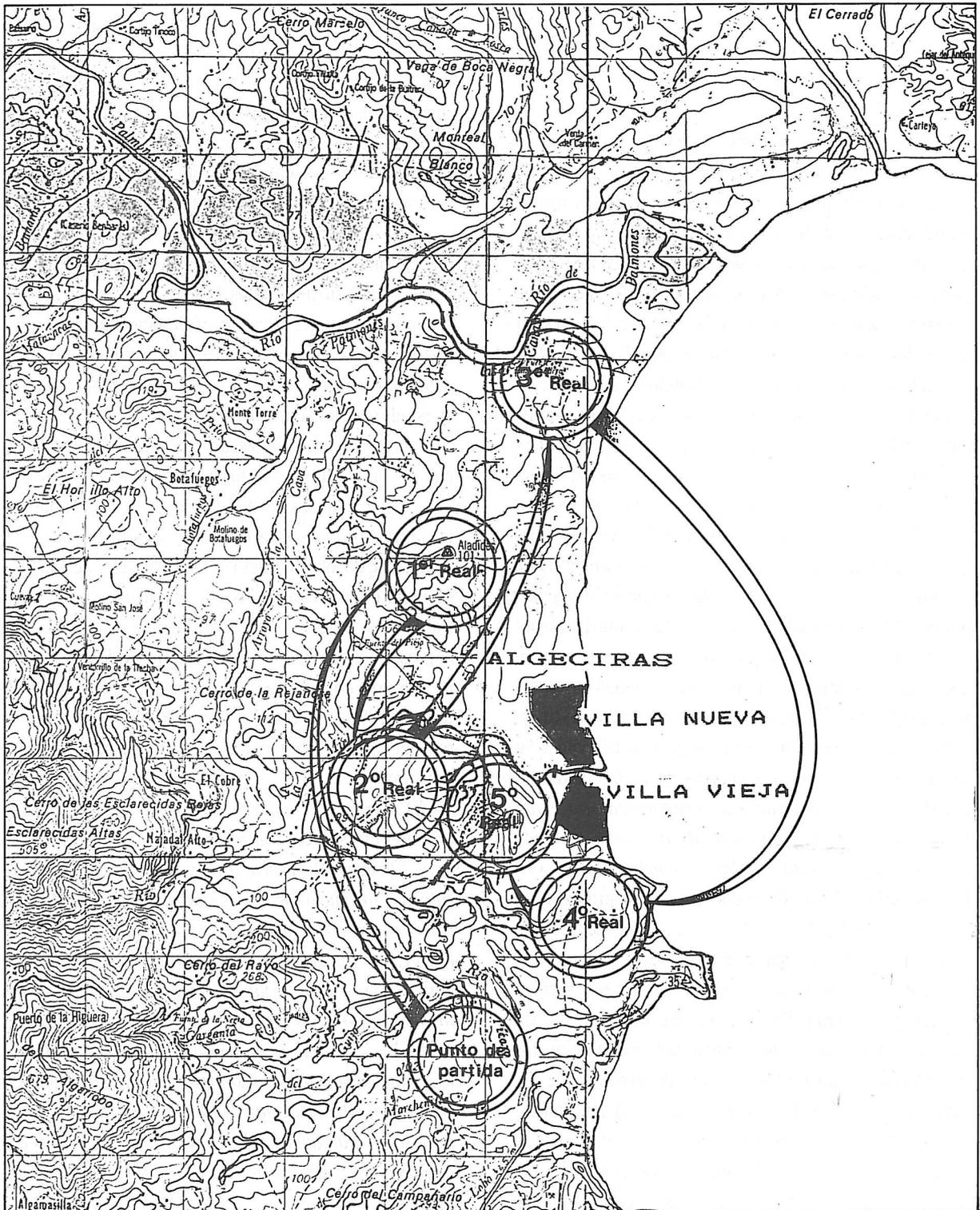
dura el asedio, el real castellano llega a conocer hasta cinco localizaciones distintas. En principio puede parecer excesivo, más aún cuando se trata de un confrontamiento estático, de cerco, y no de dos ejércitos en campaña que vayan persiguiéndose mutuamente. Sin embargo, las cambiantes condiciones climatológicas, bien conocidas por los habitantes de la comarca, explican suficientemente la razón de tanto cambio.

En la ilustración I se representa el desplazamiento del real en torno a la ciudad sitiada. Los diferentes emplazamientos han sido precisados después de constatar sobre el terreno las características morfológicas descritas en el texto. En algunos casos su localización ha sido especialmente dificultosa dado que en la edición empleada para el estudio no constan varios topónimos.

Las fuerzas castellanas, procedentes de Tarifa, acampan inicialmente en Getares -ensenada al sur de la ciudad- (10). El 3 de agosto de 1342 se dirigen decididamente contra Algeciras, estableciendo su campamento cerca de la Torre de los Adalides (11). Se trata aquí de una torre de vigía o almenara de las que abundan a orillas de la Bahía (12), situada en las afueras de la ciudad, dirección noroeste. Su nombre proviene de los adalides del rey que la tomaron como residencia habitual. Subsistió hasta julio de 1898, fecha en que fue arrasada por los ingenieros del ejército para colocar en su lugar una batería provisional.

El algecireño Don Emilio Santacana la vio y la describió como sigue: *"era una torre cuadrada, como de unos 20 metros de altura. Aunque estaba abandonada y ruinosa, sus muros se mantenían rectos y firmes. En su exterior se veían restos de una escalera que daría acceso a las estancias que en tiempo tuvo, y que no podían ser más que dos o tres, del tamaño mediano que el cuadro de la torre, de unos cinco o seis metros de frente, permitía. Rodeándola, y también en forma de cuadro, se levantaba una tapia de bastante espesor que formaba patio, en cuyo centro aquélla se erguía. Tenía varios huecos en sus frentes que habían servido de ventanales, y por los que entraban las aves que tenían sus nidos en el interior"* (13).

Historia



En cierta ocasión se barajó la posibilidad de que esta torre fuese el lugar de nacimiento de Muhammad ben Abi Amir, Almanzor (14). Esta teoría insistía en la posibilidad de que el impreciso lugar de nacimiento de Almanzor, una casa solariega de Turrush, "*fuera la torre de Adalides, en vez de la llamada torre de Cartagena en Carteya (...). Los cronistas árabes sólo dicen que nació en una torre próxima a Algeciras, nos inclinamos por la de Adalides*" (15). La hipótesis carece de fundamento sólido y en ese sentido se pronuncia otro historiador local, Don Antonio Torremocha, que identifica Turrush con Torreguadiaro. La relación fonética entre ambos topónimos nos permite conceder mayor crédito a su palabra que a la teoría de Petinto. Esta torre recibe al menos otras dos denominaciones: *alaries* (16) y *aladides* (17), por corrupción evidente del original.

En el capítulo CCLXXI de la Crónica se narra un nuevo traslado del real de Don Alfonso (18), en el mes de agosto de 1342. El cambio de asentamiento no sólo afecta a las huestes inmediatamente bajo el mando del rey. Las restantes fuerzas atacantes también van siendo redistribuidas en función de los planes trazados para combatir la ciudad enemiga. Según esto, el rey va situando los distintos pendones de sus vasallos en los lugares requeridos, a la vez que se les confían misiones de diverso tipo: vigilancia de un determinado sector de la fortaleza enemiga, participación en las distintas tareas de cerco que se van realizando, protección de dichas tareas, etc. Se empieza entonces a hacer una cava entre la villa vieja y el real que había de llegar desde el mar hasta el río. Con este desplazamiento quedaba sin cercar la villa nueva, pero por el contrario, se eliminaba el riesgo de que los algecireños interceptasen las comunicaciones entre los sitiadores y Tarifa, Jerez, etc.

Inmediatamente, el rey "*envió gentes que tomasen la torre de Cartagena, que es entre Algecira et Gibraltar, que tenían los Moros, et los Christianos cobraronla en dos dias*" (19). La Torre de Cartagena está emplazada al norte de la Bahía, en la orilla izquierda del río Guadarranque y a un centenar de metros de la costa, sobre una pequeña elevación del terreno. A sus pies se extiende

la colonia romana de Carteia. Posiblemente, el nombre con el que se conoce a la torre "*de Cartagena*" sea producto de la deformación de "*Cartaeina*" (20). El edificio tiene planta cuadrada, con unos cinco metros y medio de lado por diez de alto. Posee dos vanos cuadrangulares a ocho metros de altura, formados por cuatro bloques de piedra en estructura adintelada con orientación norte-sur. Las cuatro fachadas del edificio presentan restos de matacanes centrados en su parte superior, protegiendo directamente ambos vanos. El acceso se efectuaría por escalas de cuerda, recogidas desde el interior. A pesar de la poca capacidad de la torre en cuanto a tropas se refiere, nos da idea de lo inexpugnable de este tipo de baluartes el hecho de que resistiese durante dos días a las fuerzas sitiadoras y aún pudiesen sus ocupantes negociar su rendición. Según un reconocimiento efectuado a principios del XIX de las construcciones militares costeras existentes entre Cádiz y Granada (21), la torre se encontraba arruinada por esas fechas.

Las lluvias del otoño convirtieron el lugar donde acampaban las tropas cristianas en un barrizal, de manera que a finales de octubre se traslada el real a su tercer emplazamiento. "*Et pasó a posar él et los de la mesnada cerca de la mar en un lugar que avia el suelo arenoso cabo de Palmones, porque los caballos non se perdiesen en el lodo*" (22). En esta ocasión se manda traer madera de Valencia para levantar casas para la hueste, recibíendose algunas de ellas ya prefabricadas.

Comenzando el mes de noviembre, "*el rey fue posar cerca de la mar a espaldas de los suyos que posaban en el fonsario de la villa vieja, a un lugar que él avia escogido para esto á ojo del rio de Palmones*" (23). Este nuevo traslado buscaba una mayor proximidad del puesto de mando de las fuerzas sitiadoras al escenario del combate. Por entonces quedó terminada la labor de cerco terrestre a la villa nueva, hasta entonces el sector más desprotegido. En la otra mitad de Algeciras, la villa vieja (nombre que conserva un barrio de la ciudad actualmente), había una puerta principal que el cronista llama "*del Fonsario*" (24). Los cementerios musulmanes se disponían en las vías de acceso a las poblaciones, extramuros,

Historia

prestando su nombre a las puertas cercanas (25). Así eran llamadas del Cementerio o Fonsario (posible deformación del castellano osario), como es el caso que nos ocupa. En enero de 1343, "*Yeñego López, acuciando por mandado del Rey las labores de los engeños et de los trabucos, vio que de la parte del fonsario era lo mas flaco de la villa vieja*" (26), de manera que en aquella zona se concentraron sus ataques.

En febrero el rey ordena que los reales de las huestes se acerquen más a la ciudad para cerrar el cerco en torno a ella. Las huestes cristianas han de superar un difícil handicap en el sitio de Algeciras: el reducido número de combatientes con los que cuentan para abarcar el amplio perímetro de su objetivo. Este problema se agudiza desde el momento en que el escenario de la acción se encuentra en la misma frontera del reino de Granada, de donde podían llegar fuerzas enemigas en cualquier momento. Tales circunstancias quedaban agravadas por la cercanía de Ceuta, en poder del rey marroquí, aliado del granadino. Por último, la plaza de Gibraltar, con fuerzas islamitas, suponen un peligro inmediato, al igual que las agrestes montañas que se alzan en la retaguardia del ejército sitiador, por donde podían surgir tropas hostiles en cualquier momento.

Si hemos de dar crédito a los datos proporcionados por el cronista, las fuerzas con las que el rey castellano inicia la campaña contra los algecireños ascendían a sólo 2.600 caballeros y 4.000 peones. Por su parte, la ciudad albergaba más de treinta mil personas, entre ellos "*ochocientos caballeros Marines, et mas doce mill omes de pie ballesteros et arqueros*" (27), según datos facilitados por unos prisioneros. La diferencia numérica podía quedar de alguna forma paliada por la veteranía de las tropas cristianas, curtidas en la lucha con granadinos y marroquíes. Los contingentes castellanos se verían constantemente incrementados durante todo el tiempo que duró el cerco, tanto por tropas castellanas como extranjerás. Tampoco faltaron las defecciones; aunque éstas constituyeron la excepción, con mayores consecuencias en cuanto al efecto moral que al operativo -excepción hecha de lo que afecta a las flotas aragonesa y portuguesa-.

En general, las consideraciones numéricas aportadas por los cronistas medievales son poco fidedignas, por lo que han de ser atendidas por nuestra parte con grandes reservas. En cada caso se tiende a minimizar las fuerzas propias y a engrosar las contrarias, bien para disculpar derrotas, bien para acrecentar la gloria de la victoria.

El real castellano sería mudado por quinta y última vez a finales del invierno, en marzo. En esta ocasión el destino era "*cerca de la ciubdat en el logar dó antes posaba Don Pedro de Castro*" (28), frente a las dos torres principales de la fortaleza que combatían. Una vez más fueron las grandes aguas caídas las que obligaron al nuevo y definitivo emplazamiento.

Varios problemas acucieron al monarca castellano durante el tiempo que estuvo cercando las dos villas algecireñas. Por una parte la financiación de la empresa que tenía entre manos, para la que no disponía de fondos ya desde su inicio. La cuestión de los abastecimientos para sus tropas fue también permanente motivo de intranquilidad para el rey, que pudo contemplar cómo se llegó a pasar hambre y necesidades entre sus huestes. A la inversa, los abastecimientos a la ciudad sitiada constituían motivo de permanente alarma, dado que la llegada de una nave con provisiones para los cercados podía suponer la inutilidad de todos los esfuerzos anteriormente desempeñados. Trataremos brevemente estos aspectos.

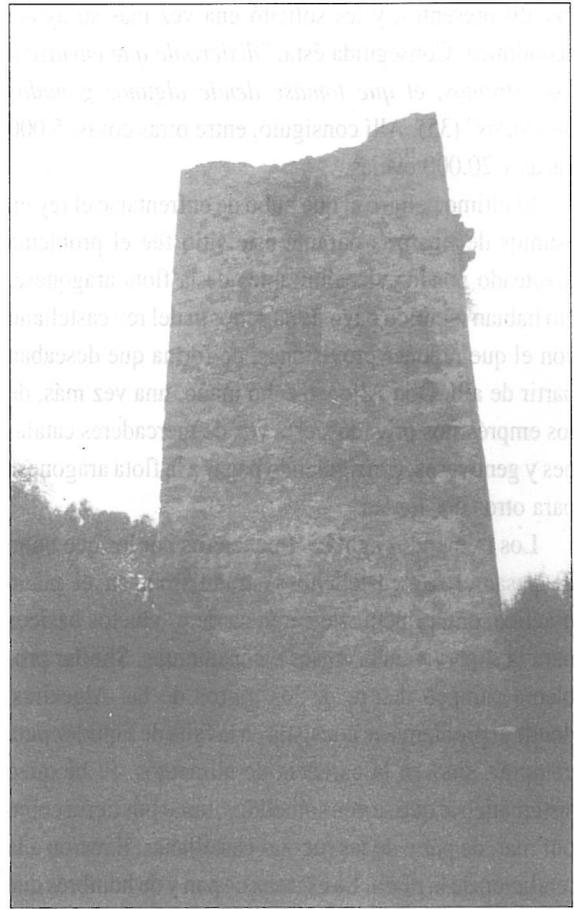
Alfonso XI afronta la campaña de Algeciras sin la más mínima previsión en cuanto a financiación de la misma se refiere. Llevado por una especie de ciega confianza en Dios o en la generosidad de sus súbditos se lanza a la aventura prácticamente sin nada más que lo puesto. Y el cerco de Algeciras resultaría ser muy largo y costoso, pero posiblemente no más de lo que el monarca hubiese supuesto dado su conocimiento previo de la situación. "*Veyendo el Rey que la conquista de Algecira era muy grand fecho, et avia menester grand cabdal para esta cerca, acordó de coger las rentas destas alcavalas un año*" (29).

El impuesto de la alcabala (*al-qabala* o la gabela) es de origen musulmán y se aplicaba a todas las transaccio-

nes que se efectuaban en los zocos, por una cuantía proporcional al valor de lo vendido. Desde el siglo XII probablemente se aplica en la España cristiana por influencia de aquellas ciudades hispano-musulmanas que, sometidas a Castilla, mantienen su percepción (30). Alfonso XI, con motivo del cerco de Algeciras, solicitó y obtuvo de las Cortes de Burgos de 1342 que le concediesen un subsidio extraordinario que durante el tiempo que durase esta campaña militar sería percibido mediante el pago de alcabalas. De esta forma el impuesto se generalizó a todo el reino de Castilla y León y, con el paso del tiempo y posteriores concesiones, se consolidaría como permanente. La concesión de Burgos afectaba solamente a Castilla la Vieja y no sería hasta 1349 cuando las Cortes de Alcalá de Henares la ampliaron a Castilla la Nueva (31).

El cerco había comenzado en agosto de 1342 y sólo dos meses después, en octubre, el rey "*mandó saber que aver tenia para mantener la hueste, et las sus flotas de Castiella et de Genua que estaban y con él. Et fallo que tenia aver para lo mantener para cumplimiento de seis meses*" (32). Dada su difícil situación y en vista de que el cerco había de prolongarse durante más de medio año, Don Alfonso envía distintos emisarios en busca de ayuda económica en el extranjero. Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, había de solicitarla al rey de Francia; Don Alfonso Ortiz Calderón, gran prior de la Orden de San Juan de Jerusalén, se dirigiría al nuevo Papa Clemente VI; por último, envía a otros dos caballeros ante el rey de Portugal en demanda de auxilio.

Apremiado por las necesidades, Alfonso XI reunió la plata de su fortuna personal y otra que consiguió prestada y se dispuso a efectuar en Sevilla una acuñación de moneda de baja ley. Tanto el Consejo Real como los banqueros judíos y los recaudadores y comerciantes de Castilla, temerosos de las nefastas consecuencias que traería la depreciación de la moneda, optaron por conceder al rey una contribución especial (33). Por otra parte, aquellas gestiones en el extranjero dieron cierto fruto, ya que en agosto del año siguiente "*el Rey de Francia le facia acorro con cincuenta mill florines, et que ge los*



Torre de Cartagena.

daba en don para esta guerra por la amistad que de consuno avian", mientras que del papa se consigue un empréstito de 20.000 florines (34). Sin embargo, este dinero no resultaba suficiente ni para pagar los débitos ya contraídos por el monarca, de forma que sólo atendió una parte de las deudas pendientes con las flotas que con él estaban. De Portugal no obtuvo respuesta positiva alguna, agotados los recursos del país después de tres años ininterrumpidos de guerras. De Aragón tampoco cabía esperar ayuda de ningún tipo pues se encontraba en guerra con Jaime de Mallorca. La República de Génova, temerosa de la numerosa escuadra marroquí, mantenía a regañadientes su flota al servicio de Castilla. Seguidamente reunió a los jefes de las fuerzas que participaban en el asedio, tanto nobles como representantes de los conce-

Historia

jos allí presentes, y les solicitó una vez más su ayuda económica. Conseguida ésta, "*dixieronle que enviase á los extremos, et que tomase dende algunos ganados prestados*" (35). Allí consiguió, entre otras cosas, 5.000 vacas y 20.000 ovejas.

El último peligro al que hubo de enfrentarse el rey en asuntos de finanzas durante este sitio fue el problema planteado por los vicealmirantes de la flota aragonesa. No habían recibido pago de su señor ni del rey castellano con el que reponer provisiones, de forma que deseaban partir de allí, Don Alfonso echó mano, una vez más, de los empréstitos privados, esta vez de mercaderes catalanes y genoveses, consiguiendo pagar a la flota aragonesa para otros dos meses.

Los tremendos agobios financieros por los que hubo de pasar el rey castellano se tradujeron, en el plano práctico, en la fluctuante carencia de productos básicos para la supervivencia en sus campamentos. Similar problema campeó dentro de los muros de las Algeciras, donde el problema no consistía en la falta de liquidez para comprar, sino en la carencia de alimentos. El bloqueo sistemático al que se ven sometidos, tanto por tierra como por mar, de parte de las fuerzas castellanas, llevaron a la rendición de la plaza. La escasez de pan y de hombres que pudiesen combatir resultaron determinantes. De la eficacia del bloqueo impuesto por los cristianos nos habla el hecho de que a ocho kms. de la ciudad sitiada se encontraban importantes contingentes de tropas musulmanas, con naves y vituallas listas para aprovisionarla, que prácticamente no llegaron a aportarle ninguna ayuda. Uno de los motivos que llevan a Alfonso XI a poner sitio a Algeciras es la información que le llegó, estando en Getares, de que había sido interceptado un cargamento de pan con destino a la ciudad. Y "*asi como esta razon mostraba que estaban desbastecidos de pan, pensó que de las otras cosas non avrian grand bastecimiento, et que si estonce la cercase, que la tomaria en pequeño tiempo*" (36). Evidentemente, sus fuentes de información no eran dignas de mucho crédito.

Como se comentó antes, el cerco castellano resultó muy eficiente. Los elementos defensivos de la ciudad

musulmana -murallas torreadas, fosos y barrera- se repiten prácticamente por parte de los sitiadores. Un sistema de cavas rodean la ciudad. Sobre ellas, los cristianos disponen una barrera con sus puertas y cadahalsos para salvar el foso, torres de vigilancia y defensa e incluso un castillo de madera para reforzar una zona especialmente difícil. Tras esta línea defensivo-ofensiva, plagada de diferentes artilugios para lanzar todo tipo de proyectiles, se disponían las huestes de Don Alfonso. Este dispositivo resultaba sumamente difícil de esquivar de cara a un intento de abastecimiento de la ciudad por tierra. Sin embargo, el cerco marítimo no se quedaba a la zaga. A las flotas castellana y aragonesa -y eventualmente también la portuguesa- se unió un procedimiento estático de bloqueo: una serie de pinos, unidos por cadenas, que cerraban el acceso al puerto por su lado noreste, pudiendo concentrar la atención de la flota en el sector sur (37). Cuando una tempestad deshizo esta barrera flotante, hubo un par de intentos de abastecimiento por mar que tuvieron éxito. Por ejemplo, una noche del mes de enero de 1344 "*entraron en la ciubdad tres zabras et saetías que enviaron y los Moros cargados de farina, et de miel, et de manteca*". Como la llegada de estos pocos víveres hicieron renacer la esperanza de los algecireños, que habían iniciado las conversaciones para su rendición, abandonaron estas negociaciones. El rey castellano decidió que había que reemprender el cerco marítimo, de forma que lo que antes fueron pinos y cadenas ahora serían toneles unidos por maromas, con mástiles encajados en muelas de molino para aumentar su resistencia. Este dispositivo se vería reforzado por barcas llenas de hombres armados y el despliegue de las naves (38). Incluso este complicado sistema sería burlado en alguna ocasión.

Por lo que respecta a las provisiones del real castellano, si bien no siempre resultaron suficientes, al menos disponían de la posibilidad de buscarlas en el resto del reino. Sin embargo, un incendio acaecido en el real en julio de 1343 destruyó los almacenes de provisiones que habían de surtir a las tropas sitiadoras en los meses sucesivos. Ello, unido a la carencia de pan que ese año

hubo en todo el sur peninsular contribuyeron a crear un panorama muy difícil. La situación en el campamento cristiano empeoró porque el pan había sido pagado muy caro por los caballeros extranjeros que habían asistido al cerco, contribuyendo a elevar su precio. Como narra el cronista, "el real nunca fue tan cumplido de viandas, como era ante de aquel tiempo, et por cualquier viento que detoviese los navios, llegaban las viandas á muy grand precio" (39).

En la ilustración II se refleja la evolución del precio de la harina y la cebada en el real cristiano desde antes del incendio hasta tres meses después:

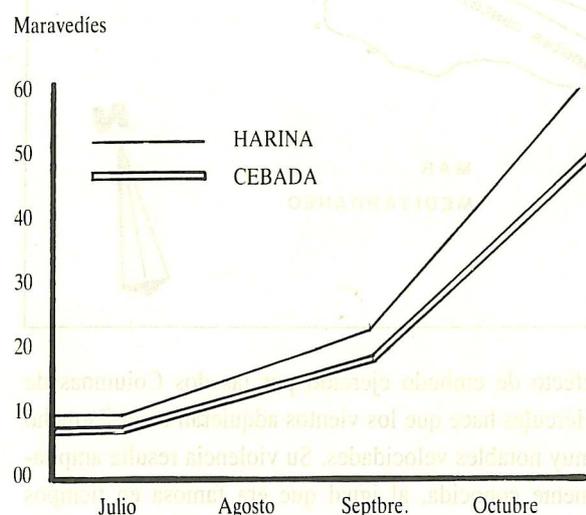


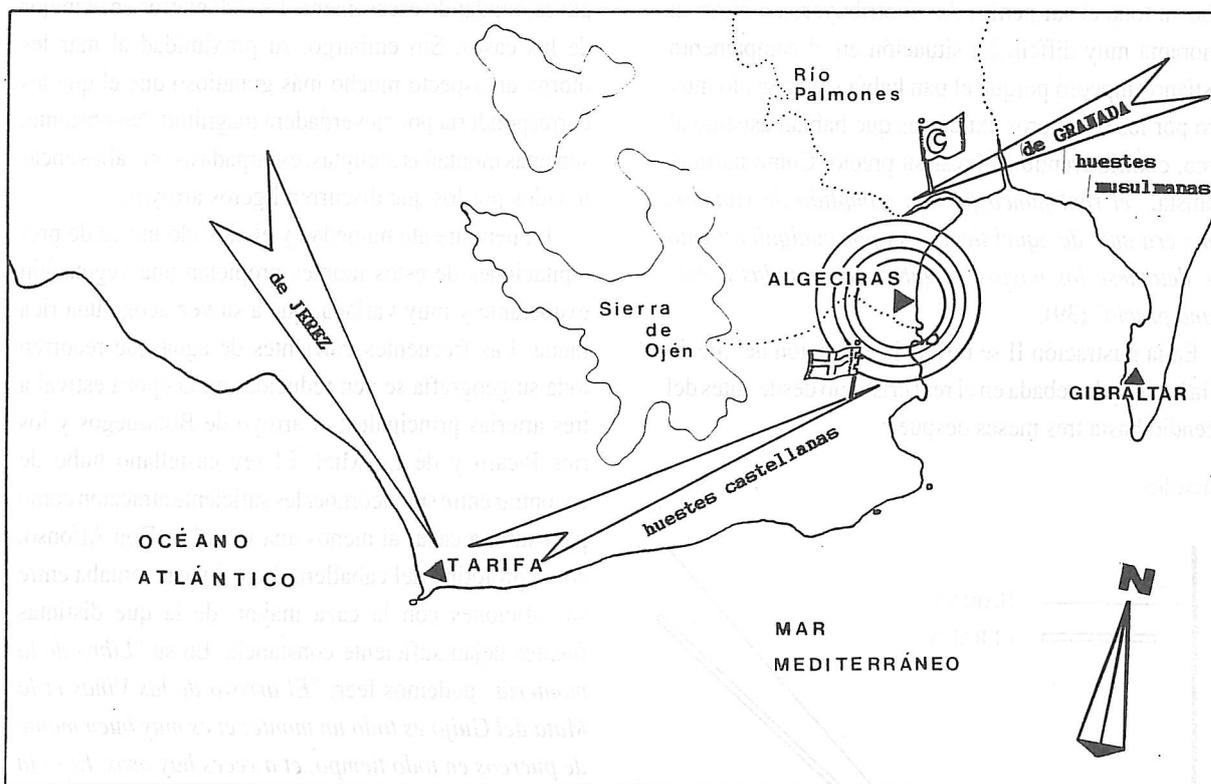
Ilustración II: los precios se refieren a la fanega de cebada y a la arroba de harina.

Quedan algunos aspectos por comentar que, si bien en principio pueden parecer meramente anecdóticos, aportan una notable información acerca de la veracidad de la fuente. Se trata de distintos elementos contrastables aún hoy con la realidad, a nivel de detalles, que sólo un observador directo de los hechos sería capaz de recoger en sus anotaciones. Destacan entre tales aspectos las constantes referencias a las sierras algecireñas. Fray Gerónimo de la Concepción, allá a finales del siglo XVII, decía que "son las Algeziras unas montañas asperas y fragosas, que caen al mar Mediterráneo, incontrastables por su naturaleza, que abrazan diez, y siete leguas de largo, y diez de ancho" (40). Son estas sierras de poca

altura, rondando escasamente los 800 metros en el mejor de los casos. Sin embargo, su proximidad al mar les otorga un aspecto mucho más grandioso que el que les correspondería por su verdadera magnitud. No obstante, son unas montañas abruptas, escarpadas, con valles encajonados por los que discurren ligeros arroyos.

La permanente humedad y el elevado índice de precipitaciones de estos montes propician una vegetación exuberante y muy variada, que a su vez acoge una rica fauna. Las frecuentes corrientes de agua que recorren toda su geografía se ven reducidas en la época estival a tres arterias principales: el arroyo de Botafuegos y los ríos Pícaro y de La Miel. El rey castellano hubo de encontrar entre sus alcornocales suficiente atracción como para subir a cazar al menos una vez (41). Don Alfonso, como prototipo del caballero de su época, contaba entre sus aficiones con la caza mayor, de la que distintas fuentes dejan suficiente constancia. En su "Libro de la montería" podemos leer: "El arroyo de las Viñas et la Mata del Guijo es todo un monte; et es muy buen monte de puercos en todo tiempo, et a veces hay osos. Et es la vocería por cima del cerro de la Mezquitilla hasta la mar, et otra en el camino somero que va de Algecira a Tarifa. (...) El arroyo de Los Adalides es buen monte de oso, et hay muchos puercos en todo tiempo. Et es la vocería en el camino viejo que va de Tarifa a Algecira la loma de abajo hasta la mar. (...) La garganta del río de La Miel es buen monte de puerco en invierno, et a veces hay osos. La primera vez que corrí este monte (del arroyo del Alcornocal Famoso), maté en él un oso de los grandes que nunca vi. Et fue el primer oso que maté en tierra de Algecira" (42).

Alfonso XI encontraba en estas correrías por la sierra desahogo para el permanente estado de tensión al que se veía sometido como comandante en jefe de las operaciones. En septiembre de 1342 "el Rey por perder enojo era ido á correr monte" (43), tras afrontar un problema de defección de la flota aragonesa, momento en que los algecireños efectuaron una de sus frecuentes salidas contra los sitiadores. Los castellanos, sin un jefe que dirigiera la defensa, reaccionaron tardía y desorganizadamente



con nefastas consecuencias. A pesar del descalabro, Don Alfonso no abandonó nunca su costumbre mientras duró el cerco.

Habitualmente, los monteros se internaban inicialmente en el monte para localizar la presa que habría de ser abatida por el rey (44). Pero las frecuentes incursiones reales en la sierra habían llegado a oídos de sus enemigos, quienes le prepararon una encerrona. Ante el riesgo de que ello pudiese llegar a ocurrir, el rey salía de caza con buena compañía de gente. El día de la celada "venieron fasta quinientos caballeros a aquel monte" (45). "Los monteros entraron buscar el venado, asi como lo solian facer, et toparon con los Moros". Hubo muertos, heridos y cautivos entre los cristianos y los musulmanes se dieron a la fuga. La sierra, como se había anunciado al suponer que por allí podían ser atacados los reales castellanos, dejaba de ser segura para Alfonso XI y los suyos.

Otro elemento característico de estas latitudes, también recogido por el cronista alfonsino, es el viento. El

efecto de embudo ejercido por las dos Columnas de Hércules hace que los vientos adquieran en el Estrecho muy notables velocidades. Su violencia resulta ampliamente conocida, al igual que era famosa en tiempos pasados. Serrano sostiene que, durante el cerco de Algeciras, "Génova amenazaba con retirar sus galeras, descontenta de que se les debiesen los sueldos y temerosa de perder su fuerza marítima si (...) se veía expuesta a las furiosas tempestades del invierno, tan terribles en el Estrecho" (46).

La Crónica cuenta que los granadinos acampados junto a Gibraltar, dispuestos a socorrer a los algecireños de cualquier forma, "finchieron una galea de farina, et posieron mucha miel, et muchas pasas, et muchos figos, et mucha manteca; et mandaron al comitre de aquella galea, et a los que estaban en ella, que entrasen á la villa con el viento levante que les facia" (47). A la galera le colocaron dos mástiles, de forma que adquiriese gran velocidad en su aproximación a la ciudad. Así ocurrió,

resultando imposible a tres naves cristianas el interceptarla, a pesar de encontrarse sobre aviso. Pero cuál no sería la fuerza del viento que, una vez superadas las naves bloqueadoras, a la galera musulmana "*quebraron amos los mastes; et las galeas que iban en pos ella, vian alzado las velas, et alcanzaronla luego*" (48). Los castellanos tuvieron la ocasión para considerar este golpe de fortuna como un milagro y así hacer partícipes a las fuerzas celestiales del combate que en su nombre venían librando.

Si el Levante es el viento de las tormentas y tempestades y recibe digna mención en la Crónica, el Poniente, originario del Atlántico, no había de ser menos. En el mes de noviembre de 1343 los cristianos, deseosos de combatir a la huidiza flota musulmana, ingeniaron un procedimiento para acabar con ella sin entablar combate siquiera. Ordenó el rey que "*quando ficiese viento poniente (...) que levasen naves et baxeles, et barcas grandes llenas de madera seca; et los de las galeas de la flota de los Christianos que las ascendiesen con fuego, et las llegasen a las galeas de los Moros ardiendo*" (49). El ardid no daría resultado porque, según se relata, los musulmanes fueron advertidos. El viento, pues, sopla de una u otra dirección, formó parte de los acontecimientos aquí desarrollados. No podía haber sido de otra manera. Su presencia en el relato aporta una mayor dosis de credibilidad a lo narrado.

Queda un último elemento natural por relacionar, que contribuye fundamentalmente a dotar de singularidad a esta región: la lluvia. La situación meridional de la zona, su cercanía a las regiones desérticas del Magreb y los valores pluviométricos de las estaciones cercanas no permitirían, en principio, predecirle un elevado índice de precipitaciones. Sin embargo, la realidad es bien distinta. Los datos aportados por la observación meteorológica moderna nos confirman unas precipitaciones medias de 947,6 mm. para los últimos 40 años sobre el término de Algeciras. Tales valores, en términos absolutos, sólo son superados por las estaciones situadas en las zonas más lluviosas de la España húmeda. Algunos datos pueden

ayudarnos a comprender más exactamente la magnitud del fenómeno (50):

PRECIPITACIONES MEDIAS COMPARADAS (1981)					
	INVIERNO	PRIMAVERA	VERANO	OTOÑO	TOTAL
MADRID	10,6	81,2	36	132,3	260,7
BARCELONA	70,2	45,4	84,3	345,1	545
BILBAO	323,8	205,1	729,8	110,3	1.369
SEVILLA	29,8	104,6	1,2	341	476,6
CADIZ	65,8	80,9	0,6	375,7	658
ALGECIRAS	421,7	111,5	25,6	388,8	947,6

Cabe resaltar la notable diferencia de valores con respecto a poblaciones como Cádiz, distante escasamente un centenar de Kilómetros. Otra característica del régimen pluviométrico de la zona es su torrencialidad, que descarga en forma de tremendos aguaceros provocando frecuentes inundaciones. Buena prueba de esta peculiaridad es lo acaecido en el otoño-invierno de 1989-90, con lluvias muy importantes.

Otras cifras destacables, y mucho más elevadas que las anteriormente presentadas, son los registros anuales entre 1924 y 1927, de 1.833, 2.037, 1.608 y 1.244 mm. respectivamente (51).

Estas disgresiones climatológicas pretenden apoyar las distintas afirmaciones del cronista en el mismo sentido. Recordemos que varios de los traslados que efectúan los castellanos de sus reales durante el cerco se debieron a que los distintos emplazamientos eran anegados por las aguas de lluvias.

En febrero de 1343 "*el tiempo abonaba de las grandes aguas que solia facer*" (52), provocando el tercer cambio de ubicación del campamento. Pero sólo un mes después, "*porque la tierra iba enjugando de las grandes agua que avia fecho, (el rey) mudó su posada cerca de la ciubdat*" (53), a la que sería última localización de sus reales. No por ello el tiempo habría de ser más benigno con ambos contendientes. El relato se torna lastimero cuando en febrero de 1344, a un mes de la rendición de

Historia

la plaza, "llovieron muchas aguas, et duraron fasta ca-
torce días deste mes (...). Et como quier que los Christianos
pascaban mucha laceria con estas aguas; pero los Moros
que estaban en los reales cerca de Gibraltar pasabanlo
muy peor, ca ellos no fecieran casas; et muchos dellos
non tenían tiendas, et el agua, et el viento era muy
grande" (54). Lo ocurrido recientemente tiene, pues,
lejano y documentado precedente.

Quedan aún diversos aspectos reflejados en la Cróni-
ca por comentar, algunos más importantes que los hasta
aquí referidos. Apenas hemos hablado de los numerosos
datos militares recogidos en el texto, ni de la participa-
ción extranjera, las mil calamidades que aquejaron a
ambos bandos o los intentos de alcanzar la paz que se
llevaron a cabo antes de la toma de Algeciras. Pero no hay
lugar para más, ni este trabajo pretende ser un tratamiento

exhaustivo de la fuente documental que nos ocupa. El
intento ha sido sólo de aproximación a algunos aspectos
que, por aparentemente superficiales, es posible que no
hayan atraído la atención del estudioso desconocedor de
estas tierras y de sus características.

"VOLVIERON A FLORECER LOS ALTOS MINARETES DE ALGECIRAS, QUE ENTRE LAS CIUDADES DEL ISLAM ES COMO PRECIOSA GAR- GANTILLA"

Carta de Muhammad V de Granada al sepulcro de
Mahoma el 23 de marzo de 1369 con la noticia de la
recuperación de Algeciras para el Islam. Permaneció en
manos cristianas durante sólo veinticinco años.

NOTAS

- (1) RÍOS, *Historia Crítica de la Literatura Española*, Tomo IV, pág. 382.
- (2) TORREMOCHA SILVA, A., *Las fortificaciones Medievales de Algeciras*, Algeciras, 1989.
- (3) GUZMÁN Y GALLO, J.P., *La princesa Cristiana de Noruega y el infante don Felipe*, Boletín de la Real Academia de la Historia, vol. LXXIV, Madrid, 1919, pág. 52.
- (4) Crónica de don Alfonso Décimo, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXVI, Ediciones Atlas, Madrid, 1953, págs. 53 a 57.
- (5) Crónica de don Fernando Cuarto, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXVI, Ediciones Atlas, Madrid, 1953, págs. 163 y 164.
- (6) SERRAÑO, L., "*Alfonso XI y el Papa Clemente VI durante el cerco de Algeciras*". Roma. Escuela Española de Arquitectura e Historia. Cuadernos de trabajo, 3, 1914, pág. 2.
- (7) Crónica de don Alfonso el Onceno, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXVI, Ediciones Atlas, Madrid, 1953, pág. 335.
- (8) Idem, pág. 342.
- (9) Idem, pág. 389. Idem nota 2, págs. 29-78.
- (10) Idem, pág. 343.
- (11) Idem.
- (12) VALDECANTOS DEMA, R., "*Las torres de vigía de la Bahía de Gibraltar*", en actas del Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", págs. 425-452 y SÁEZ RODRÍGUEZ, A., "*Aproximación a las torres almenaras de la Bahía de Algeciras*", actas del Congreso Internacional, págs. 389-400, Universidad a Distancia, Madrid, 1988.
- (13) SANTACANA Y MENSAYAS, E., "*Antigua y ...*", pág. 278.
- (14) PÉREZ-PETINTO, "*Historia de la muy noble ciudad de Algeciras*" (inédita), Biblioteca Municipal, Algeciras.
- (15) Idem.
- (16) VALDECANTOS DEMA, R., "*Las torres de vigía de la Bahía de Gibraltar*", actas del Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", Madrid, 1988.
- (17) Mapa militar de España, escala 1:50.000, hoja 14-48 (1078), "La Línea". Servicio Geográfico del Ejército, 2ª edición, 1979.
- (18) Idem nota 7, pág. 345.
- (19) Idem.
- (20) Idem nota 12, págs. 14-15.
- (21) S.H.M., "*Reconocimiento del estado y consistencia de las Torres, Castillos, Cuerpos de Guardia y demás puntos fortificados comprendidos en la Costa de Levante desde Cádiz hasta el confín de la de Granada, con distinción de las obras y reparos que son indispensables para su mejor defensa y utilidad, y cálculo aproximado de su costo con otras varias noticias para su mayor inteligencia, cuyo reconocimiento se manda a hacer por orden del Excmo. Conde del Abisval, Capitán General de Andalucía -Prieto- 1815/16/2*", 3, 5, 6, 8.
- (22) Idem nota 7, pág. 348.
- (23) Idem pág. 349.
- (24) Idem págs. 344, 351, 372 ...
- (25) TORRES BALBAS, L., "*Ciudades hispano-musulmanas*", Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección General de Relaciones Culturales, Instituto Hispano-árabe de Cultura, Madrid, 1985, pág. 650.
- (26) Idem nota 7, pág. 351.
- (27) Idem, pág. 344.
- (28) Idem, pág. 355.
- (29) Idem, pág. 335.
- (30) VALDEAVELLANO, Luis G. de, "Curso de Historia de las Instituciones españolas, Colección Alianza Universidad Textos, Madrid 1968, págs. 607-608.
- (31) CONCEPCIÓN, Gerónimo de la, "*Emporio del Orbe*", Cádiz Ilustrada, libro V, capítulo IV, Amsterdam, 1690, pág. 351.
- (32) Idem nota 7, pág. 347.
- (33) Idem nota 6, pág. 12.
- (34) Idem nota 7, pág. 368.
- (35) Idem.

- (36) Idem pág. 342.
- (37) Idem pág. 350.
- (38) Idem pág. 387.
- (39) Idem pág. 380.
- (40) Idem nota 31, Libro V, Capítulo IX, pág. 351.
- (41) Idem nota 7, pág. 387.
- (42) "*Libro de la Montería de Alfonso XI*", 1344.
- (43) Idem nota 774, pág. 346.
- (44) Idem pág. 387.
- (45) Idem.
- (46) Idem nota 6, pág. 11.
- (47) Idem nota 7, pág. 386.
- (48) Idem.
- (49) Idem, pág. 382.
- (50) TORREMOCHA SILVA, Antonio y HUMANES JIMÉNEZ, Francisco, "*Guía Escolar de Algeciras*", Ayuntamiento, Algeciras, 1985, pág. 41.
- (51) Mapa pluviométrico de España, C.S.I.C., 1946.
- (52) Idem nota 7, pág. 354.
- (53) Idem pág. 355.
- (54) Idem pág. 387.

BIBLIOGRAFIA

A.C.C. (Archivo Catedralicio de Cádiz):

- Traslado en bula de Clemente VII de la "Gaudemus et exultamus" de Clemente VI.
- Copia notarial del mismo.

BUENO LOZANO, Martín, "El renacer de Algeciras (a través de los viajeros)", Colección "El Castillo de Jimena" N^o 2, Algeciras, 1988.

CONCEPCIÓN, Gerónimo de la, "Emporio del Orbe", Cádiz Ilustrada, libro V, Amsterdam, 1690.

MANSILLA, Demetrio, "Creación de los obispados de Cádiz y Algeciras", *Hispania Sacra*, Vol. X, 1957.

PÉREZ PETINTO, "Historia de la muy noble ciudad de Algeciras" (Inédita).

RÍOS, Amador de los, *Historia Crítica de la Literatura Española*, Tomo IV, Madrid.

SÁEZ RODRÍGUEZ, Ángel, "Aproximación a las torres almenares de la Bahía de Algeciras", Actas del I Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", Vol. II. Madrid, 1988.

SANTACANA Y MENSAYAS, Emilio, "Antigua y moderna Algeciras", Algeciras, 1901.

SERRANO, L., "Alfonso XI y el papa Clemente VI durante el cerco de Algeciras", Roma. Escuela Española de Arquitectura e Historia. Cuaderno de trabajo 3, 1914.

TORREMOCHA SILVA, Antonio, "Las fortificaciones medievales de Algeciras", Ed. Alba, Algeciras, 1989.

TORREMOCHA SILVA, Antonio y HUMANES JIMÉNEZ, Francisco, "*Guía Escolar de Algeciras*", Ayuntamiento, Algeciras, 1985.

TORRES BALBÁS, Leopoldo, "Ciudades hispano-musulmanas", Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección General de Relaciones Culturales, Instituto Hispano-árabe de Cultura, Madrid, 1985.

VALDEAVELLANO, Luis G. de, "Curso de Historia de las Instituciones españolas, Colección Alianza Universidad Textos, Madrid 1968.

VALDECANTOS DEMA, Rodrigo, "Las torres de vigía de la Bahía de Gibraltar", Actas del I Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", Vol. II, Madrid, 1988.

VARIOS, "Crónica de los Reyes de Castilla", Biblioteca de Autores Españoles, Vol. LXVI, Ediciones Atlas, Madrid, 1953.

"Libro de la Montería del rey de Castilla Alfonso XI". Ed. Patrimonio Nacional, 3^a ed., 1987.

Mapa militar de España, escala 1:50.000, hoja 14-48 (1078), "La Línea", Servicio Geográfico del Ejército, 2^a edición, 1979.